

EL MOVIMIENTO PIQUETERO COMO ACTOR CONTROVERSIAL Y CONFLICTIVO DE LA POLÍTICA ARGENTINA. 1996-2013

Valentine Le Borgne de Boisriou¹

Resumen

La historia política y social de la última década en Argentina contó con un actor tan importante como controvertido: el movimiento piquetero. El mismo término ‘movimiento piquetero’ es objeto de debate, dada la cantidad de movimientos diversos que lo conforman o lo conformaron. Este artículo propone un recorrido a lo largo de esta década, a partir de tres ejes: el piquete como forma de expresión política del disenso, la relación con el estado como interrogante de la naturaleza del movimiento, y el barrio como lugar privilegiado de la acción colectiva.

Descriptor: Piqueteros, protesta, acción colectiva, espacio público conflictivo, grupos marginalizados.

Prologo

Aunque no hagan falta las historias de la trayectoria del movimiento piquetero en Argentina, a las que convocaremos a lo largo de este artículo, nos proponemos aquí analizarlo a partir de un eje particular: se buscará pensar la emancipación política a través de cuatro figuras paradigmáticas de las luchas sociales y políticas llevadas a cabo por el movimiento piquetero, desde sus orígenes hasta ahora. En un primer tiempo, se analizará la figura del corte de ruta, desde sus primeras apariciones en el noroeste argentino, hasta su reivindicación en tanto «piquete» y la formación de la identidad «piquetera». En la segunda parte, se describirá la trama de violencia política que acompaña al movimiento piquetero, y su expansión a medida que el movimiento fue creciendo, en número y en impacto, en la política argentina. Se tomará el caso de la llamada Masacre de Avellaneda como ejemplo paradigmático de la violencia y de la discursividad política alrededor de la crisis del 2001. En tercer lugar, indagaremos en los vínculos del movimiento piquetero con los barrios, particularmente en la trayectoria de las movilizaciones piqueteras

¹Es licenciada y magister en filosofía por la Universidad Paris 1 Panthéon Sorbonne, doctoranda en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires, y en Ciencia Política por la Universidad Paris 7 Denis Diderot. Es becaria del CONICET, con sede de trabajo en el Instituto Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA. E-mail: valentinedeboisriou@gmail.com

que, después de haber participado del centro de la política argentina, operan una vuelta a los barrios. En fin, y a modo de conclusión, se buscará explicar los sentidos tomados por las declaraciones del gobierno argentino, sobre los modos de aparición legítima de la protesta social, a partir de la solicitud de término de la época de los piquetes y de las tentativas para ilegalizarlos.

1. El piquete

¿Dónde están los movimientos piqueteros, aquellos que fracturaban la línea recta de las rutas argentinas en los primeros meses del siglo XXI, y cuyos modos de lucha, eslóganes y prácticas, todos estos últimos constituyendo una identidad militante por ellos reivindicada, ha marcado tan profundamente la escena política y social argentina? Proponemos acá, no tanto reescribir la historia del movimiento piquetero, tarea que otros ya han desarrollado de manera muy exhaustiva², sino partir del presente, es decir, del segundo mandato presidencial de Cristina Fernández de Kirchner, para observar su situación actual, la transformación de sus modos de lucha, y, singularmente, su presencia y capacidad de acción en la sociedad argentina.

La fuerza del movimiento piquetero viene de su capacidad de irrupción en la sociedad argentina, tanto como de su coincidencia con un cierto estado de Argentina, en aquella época. A mediados de la década de los noventa, Argentina está dividida en dos, entre, por una parte, una elite floreciente, representada por los ganadores de la política de privatización llevada a cabo a todo lo largo de la década, la constitución de monopolios financieros y la formación de una alianza entre grupos económicos nacionales y extranjeros, a partir justamente de la privatización de las empresas nacionales y, por otra, por una clase media cuyas características principales, que hasta entonces se definían por una fuerte presencia en la sociedad argentina y una cultura homogénea, asociada al progreso y la movilidad social ascendente, se transforman de manera radical, se polarizan, y se fragmentan, dejando aparecer un hiato entre «ganadores» y «perdedores» del nuevo modelo económico. En los márgenes de este modelo, las clases populares enfrentan una metamorfosis radical, consecuencia directa de la desindustrialización del país. El pasaje «de la fábrica al barrio», que para Maristella Svampa sintetiza la manera con la cual la sociología argentina comprende la pérdida del poder sindical en el sector industrial, después del desmantelamiento de

²Nos referimos en particular a dos obras de mayor aporte sobre esta cuestión: *Entre la ruta y el barrio*, por Maristella Svampa y Sebastián Pereyra, publicado en 2003 por la editorial Biblos, donde los autores describen el mapa político donde se insertan los movimientos piqueteros, y analizan con mucha exhaustividad los ejes desarrollados por estos, y a *La Huella piquetera*, coordinado por Sebastián Pereyra, Germán Pérez y Federico Schuster, publicado en 2008 por la editorial Al Margen, donde son reunidos diferentes análisis de casos realizados en el seno de movimientos piqueteros durante toda la década de su existencia. Este último y excelente libro está, lamentablemente, hoy agotado y es de muy difícil acceso.

sus estructuras tradicionales, y, particularmente, de la identidad que se había estructurado alrededor de la dignidad del trabajador, reconfigura el espacio popular urbano y permite la aparición de un «mundo comunitario de pobres urbanos»³

Éste es, también, el motivo de un enfoque de esta cuestión en términos de *ghetto*. Denis Merklen subraya tres condiciones que permiten tal enfoque: cuando las instituciones públicas están ausentes del barrio, o su presencia se reduce a ciertas formas adaptadas de gestión de la pobreza, cuando el barrio crea las condiciones de una distinción e identificación que dominan la vida en común, generando una cultura que se define en oposición a los valores comunes, y, en fin, cuando el barrio se vuelve ghetto y representa «un enclave separado del resto de la sociedad y la ciudad, esta última separación adoptando caracteres visibles claramente localizables»⁴.

De manera paradójica, el piquete aparece entonces como un desbordamiento del vacío. Es el repliegue en el barrio de los desocupados que los echa a la ruta. Federico Schuster ofrece, acá, una interpretación que nos permite acceder a un análisis del piquete en tanto acontecimiento histórico-cultural: “Nuestros primeros piqueteros no son solamente el resultado de la pérdida del empleo o del fracaso de sistema de indemnización (...) son sujetos que perdieron su trabajo y su mundo, sus horizontes de sentido»⁵.

Federico Schuster señala, en la misma entrevista, que el movimiento piquetero trae una nueva respuesta a la observación de Pierre Bourdieu, quien comparaba los movimientos de desocupados con un milagro sociológico. Esta observación se basa sobre la hipótesis del trabajo como forma de acción, de la fábrica como su epicentro y de la huelga como el fermento de la movilización. Sin embargo: ¿qué pasa cuando ya no hay fábrica? ¿Cómo se puede hacer huelga cuando el empleo se fue para no volver? El corte de ruta aparece en este contexto como el recurso de los desocupados, los sin-empleo.

No es casual, entonces, que las primeras intervenciones de grupos piqueteros se hayan producido en Cutral-co, en la Provincia de Neuquén, y en Mosconi, en la provincia de Salta. Es que Schuster, como el resto de los trabajos consagrados a esta cuestión señaló que, para que se pueda producir el milagro sociológico mencionado, para que se pueda formar un movimiento de desocupados, y en particular, para que aparezca el movimiento piquetero, hace falta mucha pobreza, pero sobre todo, tiene que haber habido una etapa de desindustrialización, lo que implica que, previamente, haya existido un tiempo de

³Maristella Svampa, *La sociedad excluyente*, Buenos Aires, Taurus, 2005, p. 129 y sigue.

⁴Denis Merklen, *Quartiers populaires, quartiers politiques*, Paris, La Dispute, 2009

⁵Federico Schuster, entrevista en el marco de su visita en la Universidad Nacional de Rosario, en 2009, consultable en: <http://www.unr.edu.ar/noticia/1725/federico-schuster-los-piqueteros-son-personas-que-han-perdido-su-trabajo-y-su-mundo-de-sentido>

industrialización: el movimiento piquetero no se debe tanto al desempleo como a la retirada del empleo. Es el vacío dejado por el cierre de las fábricas, junto a la formación de la conciencia obrera que se ha podido construir en los años anteriores de trabajo, lo que permite la reacción. Cabe señalar, entonces, que los primeros piquetes se produjeron en las zonas donde YPF, el grupo petrolero argentino, estaba insertado. E YPF no era, en estas zonas, una empresa más. Las localidades en las cuales el grupo estaba presente se definían en gran parte por la presencia del petrolero. Así, como lo muestra Daniel Lvovich, reproduciendo la trayectoria de un trabajador de YPF:

“Beto nació en 1940 en un hogar de clase media alta en Buenos Aires. Tanto Beto como sus hermanos cursaron estudios universitarios, aunque mientras tres de ellos lograron concluirlos (...) él abandonó los estudios de Geología que había comenzado en Bahía Blanca cuando decidió casarse. Junto a su esposa se trasladaron a Salta, donde Beto ingresó a trabajar como técnico en la destilería de YPF en Campo Durán. A partir de ahí, y a lo largo de treinta años, desempeñó una carrera laboral que le permitió alcanzar cargos técnicos y administrativos cada vez más relevantes (...) como la mayoría del personal jerárquico de las compañías petroleras, Beto, su mujer y los cinco hijos de la pareja debieron trasladarse varias veces en función de las nuevas tareas que se le asignaban. Beto recuerda aquella época como un tiempo de prosperidad económica: “era clase media. Tenía casa, tenía dos autos tenía lancha, tenía cinco hijos estudiando (...) Aparte teníamos muy buena cobertura social. Yo viajaba, tenía viáticos, buen sueldo. Teníamos créditos, algo a lo que en estos momentos no podemos acceder”⁶.

Beto perdió su empleo en 1991. Se le había “propuesto” un retiro voluntario, y entendió que “había que irse o irse, no quedaban demasiadas alternativas”. Con el dinero de su indemnización, abrió un almacén. Sin embargo, ante la cadena de despidos y privatizaciones que caracterizó la década de los noventas, eran muchos los nuevos almaceneros, taxistas y remiseros, y pocos los clientes. Beto “no sabía manejar los negocios, no estaba acostumbrado a manejar capitales, (...) en YPF, todos los meses a fin de mes cobraba”. Después de unos meses, cerró el almacén, y empezó a trabajar como taxista (sic) y remisero. Lo dice Beto: “Perdí los derechos jubilatorios, me quede sin obra social, (...) Estuve treinta años en YPF, del 61 al 91. Desde esta época no pude aportar más, por lo tanto, cuando tenga la edad tampoco me voy a poder jubilar porque no tengo los aportes”⁷. Daniel Lvovich menciona otros casos ilustrativos de la incertidumbre que se instala, cuando de repente se desvanece lo que había formado los sostenes de la vida

⁶ Daniel Lvovich, “Colgados de la sogá” en *Desde abajo, la transformación de las identidades sociales*, Buenos Aires, Biblio, 2003, p 53-79.

⁷ Daniel Lvovich, op. Cit. P. 54-57.

cotidiana: así, cuando al perder la obra social, las familias están confrontadas a la elección de confiar en el hospital público, o en una prepaga económica, o cuando los ingresos ya no alcanzan para las escuelas de los chicos.

Federico Schuster observa, en la entrevista anteriormente citada, lo que la sociología argentina ha estudiado en profundidad: más que una empresa, YPF era, en Neuquén y Salta, un mundo de sentido: se vivía en el barrio YPF, se estudiaba en la escuela YPF, y se divertía en el club YPF. Así lo resume Svampa: la vida, en Cutral-co, en Tartagal y en Mosconi, estaba estructurada en torno a YPF⁸. La reestructuración del Estado implica entonces directamente la desestructuración de los esquemas sociales de localidades enteras, fundadas sobre marcos de empleo definidos por una estabilidad de las trayectorias laborales que se reproducía a la escala generacional, y englobaba la vida entera.

Si bien el ejemplo de YPF y sus miles de trabajadores despedidos es muy representativo de la trama del neoliberalismo en Argentina, en la década de lo noventa, y de los efectos explosivos que no tardara en provocar, ya no solamente en las provincias petroleras, sino en el mismo conurbano bonaerense, se trata, quizás no de dos lógicas distintas, pero más bien de dos temporalidades diferentes. Es decir, si bien se observan dos tiempos en la aparición de los movimientos piqueteros, en un primer momento los cortes de ruta en las provincias de Salta y Neuquén, seguidos, en un segundo momento, por el desplazamiento, sino del movimiento piquetero en su conjunto, al menos de su enfoque mediático, hacia la provincia de Buenos Aires, del Oeste al Sur de la capital y el Conurbano, no se trata necesariamente ni tampoco totalmente, de una relación de consecuencia. Svampa lo subraya: los dos tiempos del movimiento piquetero, si bien están encadenados el uno al otro, no están totalmente ligados por una consecuencia cronológica, ni son del todo idénticos.

Así, si para entender el origen del movimiento piquetero en las provincias argentinas se debe tomar en cuenta la historia económica de la década del noventa, el desmantelamiento de las empresas de Estado, el retroceso de la tradición peronista hacia el mundo obrero, el caso de la provincia de Buenos Aires remite a una historia más antigua, a un proceso lento y profundo de desindustrialización y pauperización, cuyos primeros rasgos se encuentran en los años 70. Esta historia pasa por el retroceso de la acción sindical y la aparición de un nuevo militantismo « territorial », que apareció ligado a las grandes tomas de tierras de los años 70-80, y que, dirigido hacia el barrio, iba a formar el substrato de los movimientos piqueteros⁹. El

⁸Maristella Svampa, *La Sociedad...* op. cit, capítulo 8.

⁹Sobre este tema, ver por ejemplo: Inés Izaguirre y Zulema Aristizabal, “Las tomas de tierra en la zona sur del Gran Buenos Aires”, en *Conflictos y procesos de la historia argentina contemporánea*, número 10, Centro Editor de

mundo en el cual estos se insertan había sido particularmente golpeado durante la época previa, principalmente en dos puntos: el retroceso progresivo del compromiso social del Estado y la pérdida de influencia del sindicalismo. Es sobre esta base que se construye el eje clientelar de una política social focalizada hacia los barrios, a la cual, justamente, el trabajo territorial de los grupos piqueteros se va a oponer, buscando repolitizar la militancia barrial. Así, la distribución creciente y exponencial, a partir del inicio del siglo XXI, de los planes de trabajo, representa uno de los principales aspectos de la trama clientelista y asistencialista tejida por el gobierno de Carlos Menem y sus sucesores.

Los movimientos piqueteros producen, entonces, un cambio de sentido de la acción territorial a partir de tres ejes: el cuestionamiento de las condiciones clientelistas del accionar del Estado en los barrios, la reivindicación de la acción colectiva directa, de la práctica de la asamblea, y el militantismo territorial, buscarán la repolitización de la acción política en los barrios. Esta cuestión ha sido analizada, entre otros, por Julieta Quirós. La autora estudia cómo, en todo el conurbano, los movimientos piqueteros buscaron establecer con las poblaciones otros tipos de relaciones que los formados por el Partido Justicialista, que, desde 1987, gobierna la Provincia de Buenos Aires¹⁰. Principalmente, hemos de destacar en el trabajo de Quirós, y dentro del muy minucioso análisis que hace de la vida política en los barrios del Gran Buenos Aires, las rupturas y las continuidades entre los dos modos de hacer política en dichos barrios: pedir, que para la autora sería la postura de los punteros peronistas, basándose en la infraestructura del partido, y reclamar, siendo esto el modo de acción piquetero. Para Quirós, la gran diferencia entre los *punteros*¹¹ peronistas y los movimientos piqueteros, en su relación con el poder, es la forma tomada por sus interacciones con los políticos de la zona: el puntero se maneja dentro de los arcanos del partido. Presenta los casos individualmente: en el barrio que coordina, tal familia precisa de esto, tal otra de aquello. Devuelve el favor que le es permitido dar con la presencia de las familias de su barrio en los actos políticos. Julieta Quirós subraya un punto muy importante: los que reciben los favores del puntero no lo relacionan con el partido al cual corresponde el puntero, sino más bien con la persona del puntero. El

América Latina, Buenos Aires, 1988; Cecilia Cross, “Las huellas de las tomas: la articulación de la experiencia en procesos de asentamiento en el conurbano bonaerense” en *Margen 51*, número 51, Buenos Aires, 2008, y Denis Merklen, *Asentamientos en la Matanza, la terquedad de lo nuestro*, Buenos Aires, Catálogos, 1991.

¹⁰ Ver, a este propósito: Julieta Quirós, “Piqueteros y peronistas en la lucha del Gran Buenos Aires. Por una visión no instrumental de la política popular”, en *Cuadernos de Antropología Social*, n. 27, p 113-131, Buenos Aires, 2008.

¹¹ Se entiende por puntero a la persona que responde a un partido en los barrios populares. En el caso argentino, coordina la vida cotidiana en las « unidades básicas », entidades del partido Justicialista en los barrios populares, desde donde distribuye alimentos, chapas, medicamentos, planes de trabajo, de manera discrecional. Además, es encargado de movilizar la mayor cantidad posible de asistentes a los actos políticos. La figura del puntero es percibida de manera negativa, en la medida que es asociada a las formas más discutidas de la organización política en los barrios: distribución de drogas como retribución de la asistencia a los actos y corrupción son frecuentemente mencionados en los barrios, cuando se habla de punterismo.

contrafavor, la presencia a los actos, se justifica por el *agradecimiento* que hay que expresar al puntero. La gran diferencia que introducen los movimientos piqueteros es entonces, no solamente que dicen reclamar y no pedir a los políticos, sino la colectivización de la organización. En una organización piquetera, si bien los logros materiales son los mismos que los que distribuye el puntero, no se trata de *agradecer* sino de *tomar conciencia* de lo que la lucha hizo posible. En base a esto, la relación con los funcionarios cambia: los dirigentes piqueteros reclaman, exigen, y disponen de su capacidad a movilizar las masas en medio de la calle como amenaza.

Más allá de estas diferencias, la principal ruptura introducida por los movimientos, a partir justamente de la colectivización de los recursos aportados ante la necesidad, es que, lejos de limitarse a conseguir y repartir los bienes materiales y los planes de trabajo, buscarán construir una nueva dimensión colectiva en los barrios, por medio de los centros culturales, donde desarrollan los comedores, los talleres, los pequeños emprendimientos a partir de los cuales la reivindicación de la dignidad pretende transformar la experiencia sufrida. Los primeros comedores populares, los primeros cortes de ruta inscriben un hiato en el relato ficticio de los años 90 en Argentina, dando a conocer, de manera abrupta, el nivel dramático alcanzado por la pauperización y las transformaciones sufridas por las clases populares. El conjunto de la literatura coincide en las consecuencias de la aparición en el espacio público de los movimientos piqueteros: éstos hacen posible, por su modo de acción colectiva, la formación de una nueva identidad reivindicativa que, para Svampa, reemplaza la identidad denigrante de «desocupado». El piquetero viene a ser, entonces, aquel que corta la ruta, que sostiene el piquete de huelga. Su acción tiene por efecto la intervención de la cuestión de la dignidad, ligándola a la acción colectiva: de los primeros cortes de ruta en las provincias argentinas hasta la organización en los barrios, el piquetero cuestiona el saqueo de la economía y la clientelización de la ayuda social.

La relación con el Estado: ¿Confrontación o cooptación?

Según Maristella Svampa, los movimientos piqueteros, lejos de representar un actor unificado y coherente, pueden identificarse a través de tres tipos distintos de dinámicas que los atraviesan y definen, a diferentes escalas:

a) una lógica sindical, ya sea que los sindicatos intervengan directamente en el accionar del movimiento, o que sus delegados provengan del mundo sindical.

b) una lógica partidaria, con la cual partidos de izquierda –principalmente trotskistas y comunistas– intervienen en la organización del movimiento, aportando su estructura e influyendo sobre sus objetivos para que tomen en cuenta la política institucional y electoral.

c) en tercer lugar, una lógica territorial, que se desarrolla en los barrios y reconfigura las experiencias previas del militantismo local.

Esta diferenciación corresponde a lo relevado por los investigadores que, coordinados por Federico Schuster, Sebastián Pereyra y Germán Pérez, analizaron la trayectoria del movimiento piquetero, a partir de diferentes y variados trabajos de campo, recopilados en *La huella piquetera*¹². Es ahí particularmente relevante la cuestión del escenario pre y pos-crisis. En efecto, como bien lo releva Martín Armelino, en un capítulo de la obra mencionada,

“Si en los últimos años de la década de 1990 las condiciones económicas y sociales habían influido en la aparición de nuevos actores que animaron los procesos de movilización y confrontación con los poderes públicos, como fue la organización de los desocupados en distinta agrupaciones, la crisis de fines de 2001 les planteó la posibilidad de que aquella fuerza de confrontación se tradujera ahora en mayor capacidad para gravitar en la arena política.”¹³

Así, la mayor exposición en el espacio público abre nuevos horizontes de posibilidad a la lucha piquetera y ocasiona una primera ruptura de los acuerdos que mantenían unido un frente piquetero, como se verá en las tentativas por construir asambleas interbarriales, que crecerán y declinarán con el año 2002. Poco después, el “cambio de paradigma” propuesto por el gobierno de Néstor Kirchner causará una segunda etapa de reacondicionamientos y rupturas, alrededor esta vez de la cuestión del alineamiento con el gobierno, o de la persistencia de la movilización conflictiva. Sin embargo, su entrada y trayectoria en la escena pública argentina, así como las líneas comunes de su definición y, sobre todo, de su acción, dejan establecer un vínculo a lo político, en términos de acción concertada y de confrontación. Los piqueteros, en tanto actor político, siguen una trayectoria, es decir, aparecen en un cierto momento, en condiciones determinadas, se desarrollan, mutan y se transforman varias veces a lo largo de su existencia hasta hoy, modificando, entonces, las condiciones de su incidencia política.

¹² Sebastián Pereyra, Germán Pérez y Federico Schuster (comp.), *La Huella piquetera. Avatares de las organizaciones de desocupados después de 2001*. Buenos Aires, Ediciones Al Margen, 2008.

¹³ Martín Armelino “Tensiones entre la organización sindical y organización territorial: la experiencia de la CTA y la FTV en el período postcrisis”, in *La Huella piquetera*, op. cit. p.141-183.

Dentro de los dos periodos del movimiento, que hemos identificado previamente, la socióloga argentina observa tres tiempos distintos que señalan rupturas o cambios de dirección en cuanto a la confrontación del actor piquetero con el Estado y su constitución como interlocutor político. En un primer tiempo, de 1996 a 1999, el movimiento se desarrolla a partir de una lucha cuerpo a cuerpo entre el trabajo territorial de los militantes piqueteros y la red densa de las estructuras clientelistas del gobierno de Carlos Menem. En un segundo tiempo, de 1999 a 2001, mientras la crisis se expande y sus efectos se propagan hacia sectores cada vez más amplios de la sociedad, los cortes espectaculares y la implementación a más grande escala de las estructuras territoriales de los movimientos piqueteros, marcan la explosión de su exposición social, constituyéndolos en tanto movimiento social organizado. En fin, a partir de 2002, están en el centro de la escena política argentina y de las grandes marchas que tuvieron lugar durante el gobierno provisorio de Duhalde, y llegarán a ser, después, un interlocutor –y un objeto, lo veremos– de la política de Néstor Kirchner. A estos tres tiempos se agregan uno más, que corre desde 2007 a la actualidad. Lo evocaremos en la última parte de este trabajo.

Es en el primero de los tres tiempos de la relación de los movimientos piqueteros con el Estado, cuando se determina un lazo particular: el gobierno alternará represión y criminalización de las protestas piqueteras con la multiplicación de los planes sociales. La cuestión de los planes y, más allá, de la política asistencialista, se hace primordial para los movimientos piqueteros y lo seguirá siendo. En efecto, constituyen el único medio rápido para enfrentar las necesidades que padecen sus miembros, así como el de dotar a estos movimientos de una estructura militante que les permita consagrar tiempo y recursos al militantismo.

En el segundo tiempo, la centralidad del movimiento piquetero se desplaza, para situarse en Buenos Aires y su provincia, mientras la explosión mediática que tiene coincide con las convulsiones que agitan la sociedad argentina. En el mismo tiempo, tentativas de unificación de los diferentes movimientos se hacen ver, con asambleas multitudinarias, que no tendrán prosperidad. El movimiento piquetero seguirá constituido por movimientos, estos últimos diseñando, sin embargo, una trayectoria en muchos aspectos común: modos de acción colectiva, organización territorial, etc.

El tercer tiempo, que se abre con las famosas jornadas de diciembre de 2001, ubica a los piqueteros en el centro del escenario político argentino: mientras la agitación social se expande a otras capas de la sociedad, pueden entonces intervenir en el corazón de las manifestaciones que se dan, por ejemplo, en la clase media argentina. Sin embargo, es en este tiempo que se produce el hecho más dramático de la relación conflictual de los piqueteros y los gobiernos sucesivos: el 26 de junio de 2002, la represión

golpea una marcha que se dirigía hacia el puente Puyrredón, uno de los principales accesos desde el Sur a la capital, y dos militantes, Maximiliano Bostece y Darío Santillán, son asesinados. Lo que el gobierno de Duhalde buscará presentar como resultado de enfrentamientos entre grupos piqueteros opuestos se revelará, o más bien, será revelado, como un asesinato: el trabajo realizado por periodistas cercanos a los movimientos piqueteros muestra de manera muy discernible las fuerzas policiales tirando, después de haber apuntado, sobre los manifestantes. Este acontecimiento es una manifestación paradigmática del empoderamiento de los piqueteros frente a un gobierno provisorio que difícilmente buscaba restablecer el orden en la sociedad. Marca sin dudas un antes y un después, por distintos motivos y niveles.

En primer plano, porque el gobierno de Duhalde, golpeado por el escándalo que provocó la muerte de los dos piqueteros y la cantidad de heridos, se verá obligado a renunciar y llamar a una elección presidencial anticipada. En segundo plano, porque la elección de Néstor Kirchner y las primeras medidas que tomará, marcan su voluntad de una vuelta al orden compartida por el conjunto de la sociedad. Las asambleas de barrio, a partir de esta época, refluyen hasta desaparecer. En tercer y último plano, porque, en el propio espacio de los movimientos piqueteros, las consecuencias de este trágico acontecimiento serán considerables, obligándoles a reconfigurar sus prácticas, e instalando una cierta preocupación en sus miembros.

Es difícil establecer hasta qué punto este reflujo puede haber sido provocado por el miedo instalado, o por la política desarrollada por Néstor Kirchner, y lo más probable es que estos dos motivos hayan influido. En todo caso, lo cierto es que el año 2003 marca una nueva etapa de la trayectoria piquetera. Néstor Kirchner, en los primeros tiempos de su mandato, muestra signos claros de una conciliación que era deseada por amplios sectores de la sociedad. En el mismo momento, gracias a su posición mucho más favorable que los gobiernos precedentes, opera un realineamiento de los grupos movilizadas. Así, a pesar de la fuerza alcanzada por las organizaciones piqueteras, la integración de distintas organizaciones al proyecto institucional, la extensión de la política asistencialista, junto a la división y el control de los grupos contestatarios terminarán por atomizar el mundo piquetero.

La nebulosa piquetera y su mundo: el barrio

En la segunda mitad de la década del noventa, la implementación del peronismo –en esta época encarnado por el gobierno de Carlos Menem– en los barrios populares retrocede y se debilita. Los representantes de los grupos y partidos de izquierda clasista siembran entonces los primeros gérmenes de una organización colectiva en los barrios, a menudo recuperando las estructuras y los lazos existentes desde los ochenta, y

las grandes ocupaciones de tierra que habían marcado la época¹⁴. Éstas son, en el mismo tiempo, las señales de la pauperización creciente de los sectores populares, revelando una nueva configuración social en el proceso de inscripción territorial de las clases populares¹⁵. En el marco de este proceso de pauperización, el barrio se convierte en el espacio donde se desarrollan la acción y la organización colectivas, ubicándose en el centro de las relaciones y diversas interacciones entre organizaciones de base, grupos religiosos, organizaciones no gubernamentales y partidos políticos.

Cuatro organizaciones de desocupados ilustran y resumen la actividad territorial entonces surgida: la FTV¹⁶, Federación Tierra y Vivienda, la CCC, Corriente Clasista y Combativa, de origen sindical, el MTR, Movimiento Teresa Rodríguez, de obediencia guevarista, y la Coordinación de trabajadores desocupados Aníbal Verón, fundada en Solano, que agrupará distintos grupos autónomos de diferentes MTD de la zona sur. La FTV y la CCC estaban presentes principalmente en la zona oeste, el PTR y la Coordinadora Aníbal Verón, en el sur.

Los MTD, o Movimientos de Trabajadores Desocupados, son organizaciones de base, activos a nivel local, y representan una de las vértebras del movimiento piquetero, principalmente en la zona sur del conurbano. Sin que se pueda hablar de una distinción entre piqueteros y MTD, los MTD son una cierta expresión del movimiento piquetero, tal como lo serán los grupos venidos del sindicalismo o de los partidos de izquierda. Los militantes que dan lugar a la formación de los MTD son vecinos de los barrios que se movilizan localmente. Tal como se produce en el conjunto del movimiento piquetero, se produce un vaivén entre la ruta y el barrio, al cabo de los días pero también de los años. Es decir, si en los últimos años del siglo pasado y hasta 2003, los MTD ocupan las rutas y los barrios, si se organizan en los barrios para salir a las rutas, es otra expresión la que se observa con el tiempo de este mismo movimiento de oscilación. La protesta en las rutas se mantiene pero pierde su carácter dominante, para dejar lugar a la organización local, y los MTD salen a cortar las calles para lograr más recursos para la acción territorial.

Los MTD se reúnen en los barrios alrededor de prácticas de auto-organización colectiva, que tienden a aportar soluciones a la situación de gran pobreza y desocupación que padecen. La auto-organización desemboca en la necesidad de la protesta política; los MTD marchan y cortan las calles. Estas marchas

¹⁴En Argentina, la década de los ochenta estuvo marcada por una seguidilla de ocupaciones masivas de tierras, ya sea bajo el gobierno militar (Solano, sur del conurbano, 1981), o justo después del retorno a la democracia (la Matanza, oeste del conurbano, el distrito más poblado en 1986). Ver: Jelin, 1985 ; Merklen, 1991 y 1999, y Vommaro, 2007).

¹⁵ Ver, a este respecto Denis Merklen, *Pobres Ciudadano*, Buenos Aires, Gorla, 2005.

¹⁶ Acerca de la trayectoria de la FTV y de su unión con el sindicato ATE, puedo referir al artículo de Martín Armelino, mencionado previamente, dentro de *La Huella piquetera*.

permiten la obtención de planes sociales, luego utilizados por los MTD para hacer funcionar los espacios de auto-organización del barrio.

Los planes sociales que, decíamos arriba, constituyen la principal respuesta del gobierno peronista a la situación de hambre, de pobreza y desocupación que atraviesa al país, se desarrollan de manera exponencial. Maristella Svampa relata así la primera marcha de piqueteros concluida por la obtención de planes sociales: en 1997, distintos grupos llegan desde la Matanza, y particularmente desde El Tambo, una de las ocupaciones de tierra de los años ochenta, y se junta en frente del Congreso con una marcha de docentes, estableciendo entonces relaciones con la CTERA y la CTA, la centrales sindicales que acompañaban la protesta docente. Dos meses después, en un barrio de la Matanza, se recibían los 60 primeros planes sociales provinciales, *Barrios Bonaerense*, que en 2013 siguen existiendo.

A partir de este momento, los planes quedarán en el centro de las reivindicaciones y la estructuración de los MTD. Los planes sociales, la expresión más conocida de las “políticas focalizadas” por las cuales el peronismo de la década 90 pretendía compensar la retirada del Estado manifestada por las privatizaciones y una cierta capitalización de los individuos, no nacen con los piqueteros, sino que en un primer tiempo son gestionados por los dirigentes barriales afiliados al Partido Justicialista, a partir de las “unidades básicas” repartidas en todos los barrios vulnerables. Lo que cambia con la protesta piquetera es que, a partir de su gestión por los propios movimientos, permiten a estos últimos insertarse más profundamente adentro de la red social de los territorios, convirtiéndose en movimientos también capaces de “dar” algo, entonces competidores de las organizaciones peronistas¹⁷. Se marcha para obtener planes, o para protestar contra su supresión. Después de las marchas, de vuelta en los barrios, la vida se organiza alrededor de las construcciones que han sido permitidas gracias a su obtención: panaderías, cooperativas de trabajo, jardines infantiles, pero también comedores, copas de leche para chicos que, en los 90, dependían a menudo del MTD –o de las otras organizaciones del barrio que funcionaban según el mismo modelo, atendidas por partidos o grupos religiosos– para alimentarse y vestirse¹⁸. El estado nacional distribuye los

¹⁷ Cabe señalar aquí el excelente artículo de Julieta Quirós, donde a partir de una perspectiva comparativa y figuracional, la autora explora las dimensiones de la relación entre los piqueteros y los peronistas, por una parte, el Estado y la población, por otra, en el espacio del barrio popular: Julieta Quirós, “Piqueteros y peronistas en la lucha del Gran Buenos Aires. Por una visión no instrumental de la política popular”, en *Cuadernos de Antropología Social* n.27, p. 113-131.

¹⁸ Estas cuestiones han sido frecuentemente tratadas desde el punto de vista del clientelismo. En el artículo citado anteriormente, Julieta Quirós realiza una lectura atenta del clientelismo desde la perspectiva de los actores, abriendo así pistas de reflexión sobre los sentidos que los habitantes de los barrios populares dan al intercambio de favores que se realizan alrededor de la entrega de los subsidios, materiales y financieros. Para completar esta cuestión, ver también: Javier Auyero, *¿Favores por votos? Estudio sobre el clientelismo político contemporáneo*, Buenos Aires, Losada, 1997, y su crítica por Gabriel Vommaro: “Diez años de ¿Favores por votos? El clientelismo como concepto

planes *Trabajar y Jefes y jefas de hogar*, y en provincia, los planes Barrios Bonaerenses. Luego, se multiplicarán: podemos citar el plan PEC, que fomenta el empleo comunitario, y el PTA, que en 2012 se transformará en *Plan Argentina Trabaja*, programa de trabajo en cooperativa. Por otra parte, se distribuyen alimentos básicos a los beneficiarios de los planes.

El nuevo modelo económico y sus consecuencias, que hemos detallado anteriormente, habían golpeado de manera particular a los pequeños negociantes, los empleados, los trabajadores por cuenta propia: herreros, carpinteros, albañiles, electricistas, etc. En este contexto, el MTD surge casi naturalmente, tan naturalmente que es, hoy, difícil rastrear sus primeras huellas, formadas por un conjunto de reuniones entre vecinos, que todavía no se llamaban asambleas, alrededor de las pocas estructuras existentes. Se relatan como estrategias para “arreglárselas” que, poco a poco, casi sin querer, al favor del contexto de multiplicación de la organización, se establecen y desarrollan. Así, trabajadores de oficio sin trabajo se agruparán y crearán talleres de trabajo que en esta época, todavía no se llamaban auto-gestionados, siendo más bien improvisados. En un primer tiempo, hasta aproximadamente el año 2002, los MTD palian ante todo las primeras necesidades, en una situación de emergencia social. Su fuerza se encuentra en su inscripción social. Los lugares de reunión son lugares de discusión, de debate, de organización política, y también de contención y alimentación.

Desde los primeros tiempos, las mujeres están sobre representadas en los MTD, constituyendo más de la mitad de sus miembros, a pesar de asumir muy pocas funciones directivas. Esto, subraya Maristella Svampa, no se debe solamente a la estructura patriarcal de la sociedad, sino también al hecho que hombres y mujeres no llegan desde las mismas historias de militancia. Cuando los hombres suelen provenir de movimientos sindicales y políticos, las mujeres suelen tener una experiencia ligada al barrio, una forma de militantismo social. Su presencia y acción marcará fuertemente la experiencia piquetera, ofreciéndole una cierta legitimidad social que tendrá consecuencias en cuanto a su accionar y destino políticos. Las mujeres están presentes en los cortes de ruta y en las marchas. Así, cuando se movilizan desde el barrio, es la comunidad en su conjunto que se desplaza y, cuando es necesario, acampa en frente de las administraciones: hombres, mujeres y niños. La fuerza de esta imagen apoya a las reivindicaciones y al argumento del hambre y la emergencia social.

El lugar de los jóvenes es también preponderante en los MTD. Según Maristella Svampa, representan el 70% (hombres y mujeres) de los miembros de los movimientos piqueteros. Es que han sido

y etiqueta moral” en *¿Si este no es el pueblo? Hegemonía, populismo y democracia en Argentina*. Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2008.

particularmente golpeados por el contexto económico: niveles de escolarización bajos, persecuciones policiales y a menudo ausencia de toda experiencia profesional, forman un cuadro en el cual el MTD ofrece el primer lugar de socialización en sus trayectorias de vida. Le incumbe entonces proponerles un horizonte profesional y transmitirles los códigos de la vida en común y la acción colectiva que el mundo sindical no pudo enseñarles, porque nunca tuvieron la oportunidad de acercarse a ellos.

Esta multitud heterogénea se organiza de esta manera, entre la ruta y el barrio, como bien lo dice el libro epónimo de Svampa, entre marchas, ocupaciones, comedores, y las primeras cooperativas de barrio. Los planes no sólo permiten atender a las primeras necesidades de los miembros de los grupos piqueteros sino que, gracias a su organización local fina, sabrán administrarlos colectivamente.

Así, en un contexto difícil, que favorecía más bien las relaciones clientelistas, puesto que estos planes eran distribuidos en la mayoría de los casos por responsables sindicales y políticos ligados a las estructuras del poder –los punteros– sin ser universalizados ni sometidos a ningún criterio estrictamente definido que pudiera establecer las reglas de su atribución y mantenimiento, los MTD sabrán colectivizar no sólo la reivindicación de los planes, la protesta, sino también su utilización, creando así comedores, centros culturales y cooperativas que, un poco más tarde, después de 2002 en el caso de las cooperativas, permitirán la perennización de los logros de la lucha social, tanto como la inscripción en el tiempo de los MTD en tanto actores políticos en sus barrios. Lograrán estos alcances a pesar de los lazos cada vez más complejos que tejen con los gobiernos de turno. En efecto, los planes sociales quedarán, por una parte, sometidos a la voluntad de las administraciones, y por otra, una condición necesaria a la supervivencia de los MTD. Sin embargo, a pesar de este último punto, la lógica de los punteros no llegará a frenar la expansión de la actividad política de los MTD, que, frente a su modo clientelista y asistencialista de actuar, contestarán en términos de auto-organización y colectivización de los logros. *A fortiori*, entonces, los MTD se orientarán en dirección de las cooperativas de trabajo, en un esfuerzo para perennizar e instalar dichos logros. Es que, ante la inestabilidad de las condiciones políticas argentinas de la época, los funcionarios cambian, los planes son modificados, suspendidos, reconfigurados, pero los talleres y sus máquinas, los oficios enseñados y transmitidos, quedan.

Epilogo. ¿Donde van los piqueteros?

De 1995 a 1999, de 2000 a 2002, y de 2003 hasta hoy, los movimientos piqueteros se desarrollan y se organizan. Se juntan en coordinación, se separan y se vuelven a unir. Hemos mencionado distintos tiempos y localizaciones de la experiencia piquetera. En un primer tiempo, en 1995-1997, Salta y

Neuquén. Luego, acercándose al nuevo siglo, el Gran Buenos Aires, La Matanza y el Sur, Solano, Quilmes. En 2002, donde se ubica el auge de la presencia piquetera en la escena política argentina, su potencia disruptiva y su producción política, se pueden contar docenas de grupos piqueteros y de MTD en el conjunto del territorio y sobre todo en el Conurbano Bonaerense. A partir de la llegada al poder de Néstor Kirchner, en 2003, este espacio se modifica profundamente. El nuevo presidente instaura una política social de emergencia, basada por una parte en la cooptación de los grupos piqueteros y las estructuras locales y, por otra, en la criminalización y el control de los irreductibles. La FTV y la CCC se alían con el gobierno, y a partir de fines del año 2004, los movimientos piqueteros refluyen y empiezan a perder su centralidad en el espacio público.

Cabe recordar que Néstor Kirchner llega al poder después de los acontecimientos del puente Puyrredón, que habían generado una fuerte denuncia en el seno de la sociedad argentina y revelado la potencia de las organizaciones piqueteras. El presidente buscará entonces reducir esta potencia, gracias a un abanico de estrategias destinadas a cooptar, disciplinar e integrar los grupos piqueteros sin tener que usar la represión, rechazada entonces por la sociedad. La cuestión antes mencionada, de los planes sociales y su ambigüedad, jugó un papel determinante en el reflujo de la capacidad de movilización y convocación de los movimientos. Por una parte, el gobierno contenía la protesta con el otorgamiento de miles de planes. Mientras por otra, se buscaba deslegitimar la acción de los piqueteros, denunciando sus prácticas clientelistas y las manipulaciones a las cuales se les acusa de librarse con sus miembros, a cambio de las ayudas sociales. En fin, la reorientación de los planes y su individualización creciente permitían desarmar las redes de acción colectiva.

Las organizaciones que se habían aliado al gobierno de Néstor Kirchner conocerán diferentes destinos. Así, el *Movimiento Evita*, creado por el propio Kirchner, se concentrará en la acción social en los barrios, lejos de toda lógica reivindicativa. Otros, como el movimiento *Barrios de Pie* y la *FTV*, renunciarán a la “identidad piquetera” que se basaba en los cortes de ruta, dedicándose a la administración de los diferentes planes propuestos por el gobierno, entre ellos, el plan *Manos a la obra*, dedicado a la construcción de viviendas, mientras, sus dirigentes entraban en la administración kirchnerista. Sin embargo, Svampa señala que si su estrategia pudo haber sido influenciada por el discurso de Néstor Kirchner al momento de su llegada al poder, marcada por discursos acerca de la transversalidad, la política con el pueblo, la construcción en común con los movimientos sociales, ella iba a ser golpeada por la llegada al poder de Cristina Kirchner, toda vez que el ex presidente, retomando la dirección de Partido Justicialista, buscara renovar la autoridad peronista en el mundo popular.

Por su parte, los grupos piqueteros autónomos tendrán que enfrentar la criminalización de la protesta social impulsada desde el gobierno. Esta última encontrará un fuerte eco en una sociedad argentina que, una vez alejadas las jornadas de 2001-2002, pedía ahora la vuelta al orden y, según las palabras del entonces presidente, “la normalidad”. A eso se sumaba un periodo marcado por rupturas, escisiones entre los distintos grupos, que desembocarán en una fragmentación importante de las iniciativas. Los diferentes movimientos piqueteros independientes y autónomos, entre ellos los MTD, conocerán evoluciones diversas. Sin embargo, hay que resaltar –particularmente en 2013– una variable constante: los movimientos y MTD que han logrado mantenerse, han reorientado el equilibrio entre la ruta y el barrio: su presencia en las rutas es cada vez menos aceptada por la sociedad, mientras el gobierno autoriza cada vez más la represión en los cortes y criminaliza los piquetes, como lo muestran las declaraciones a favor de las marchas en las plazas y las veredas, y, en abril del 2014, el proyecto de ley para limitar los piquetes, liderado por el oficialismo. Sin embargo, la vuelta al barrio no corresponde por lo tanto a la extinción de los movimientos; en ciertos casos, la capitalización de los planes sociales y su utilización para la creación de talleres, cooperativas, escuelas populares, ha permitido que se mantenga la acción de los movimientos adentro de los barrios, en los cuales, a pesar de la vuelta a cierta calma, los conflictos ligados a la falta de recursos y horizontes están lejos de haber desaparecido.

Por otra parte, y a modo de conclusión, queremos destacar dos perspectivas actuales del movimiento piquetero, que indican las incertidumbres alrededor de su destino. Por una parte, como lo mencionábamos, la recepción de las protestas piqueteras por parte de la sociedad argentina es cada vez más negativa. La unión algún día entrevista entre la clase media y los piqueteros se transformó en una impaciencia creciente ante los cortes de calles, abriendo la posibilidad de la reivindicación de un “derecho a circular” y reiteradas tentativas, desde varias fuentes políticas, por legislar las formas aceptables de protestas, tanto como ante los montos otorgados a las emergencias sociales. Ese contexto llevaría a pensar que, dentro de la recuperación económica de la Argentina estos últimos años, los piqueteros, y atrás de ellos, el conjunto de los sectores marginalizados, aparecen como la cara oculta de la Argentina, este “otro” del desarrollo que impide la narrativa soñada acerca de una cierta Argentina. Sin embargo, a través de un nuevo proceso de alianzas, rupturas y redefiniciones comparable a lo ocurrido en los años del gobierno de Néstor Kirchner, parte del movimiento piquetero, considerando el relegamiento que sufrían en el espacio público, optó por reposicionarse, creando nuevos bloques con miras a las elecciones, como es el caso, entre otros, de una parte del Frente Darío Santillán y de su organización política, la Marea Popular. Esta búsqueda podría conducir a una reaparición, desde otros espacios, y con otras formas, de los planteos del movimiento piquetero.

Referencias bibliográficas

Armellino Martin “Tensiones entre la organización sindical y organización territorial: la experiencia de la CTA y la FTV en el período postcrisis”, in *La Huella piquetera*, Buenos Aires, Al Margen, 2008.

Auyero Javier, *¿Favores por votos? Estudio sobre el clientelismo político contemporáneo*, Buenos Aires, Losada, 1997.

Cross Cecilia, “Las huellas de las tomas: la articulación de la experiencia en procesos de asentamiento en el conurbano bonaerense” in *Margen 51*, número 51, Buenos Aires, 2008

Izaguire Ines y Aristizabal Zulema, “Las tomas de tierra en la zona sur del Gran Buenos Aires”, in *Conflictos y procesos de la historia argentina contemporánea*, número 10, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1988.

Lvovich Daniel, “colgados de la soga” en *Desde abajo, la transformación de las identidades sociales*, Buenos Aires, Biblio, 2003.

Merklen Denis, *Quartiers populaires, quartiers politiques*, Paris, La Dispute, 2009.

-----, *Pobres Ciudadano*, Buenos Aires, Gorla, 2005.

-----, *Asentamientos en la Matanza, la terquedad de lo nuestro*, Buenos Aires, Catálogos, 1991.

Pereyra Sebastián, Pérez Germán y Schuster Federico (comp.), *La Huella piquetera. Avatares de las organizaciones de desocupados después de 2001*. Buenos Aires, Ediciones Al Margen, 2008.

Quirós Julieta, “Piqueteros y peronistas en la lucha del Gran Buenos Aires. Por una visión no instrumental de la política popular”, en *Cuadernos de Antropología Social*, n. 27, p 113-131, Buenos Aires, 2008.

Schuster Federico, entrevista en el marco de su visita en la Universidad Nacional de Rosario, en 2009, consultable en: <http://www.unr.edu.ar/noticia/1725/federico-schuster-los-piqueteros-son-personas-que-han-perdido-su-trabajo-y-su-mundo-de-sentido>

Svampa Maristella, *La sociedad excluyente*, Buenos Aires, Taurus, 2005.

-----, *Entre la ruta y el barrio*, Buenos Aires, Biblos, 2003.

-----, (dir.) *Desde abajo, la transformación de las identidades sociales*,

Vommaro Gabriel: “Diez años de ¿Favores por votos? El clientelismo como concepto y etiqueta moral” In *¿Si este no es el pueblo? Hegemonía, populismo y democracia en Argentina*. Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2008.